

Renovación de las promesas del Bautismo

La Iglesia quiere que renovemos cada año nuestro compromiso bautismal y lo hace en la Vigilia Pascual, la celebración más importante del año cristiano.

Los confirmandos lo hacen en la celebración de su Confirmación... Y en muchas parroquias, se celebra también esta renovación por quienes van a hacer la Primera Comunión.



La liturgia bautismal es la tercera parte de la Vigilia Pascual

En las iglesias parroquiales se hace primero la bendición del agua bautismal, para la aspersión de la asamblea, a fin de recordar el bautismo.

El sacerdote bendice el agua con la siguiente oración:

Invoquemos, queridos hermanos, a Dios Padre todopoderoso, para que bendiga esta agua, que va a ser derramada sobre nosotros en memoria de nuestro bautismo, y pidámosle que nos renueve interiormente, para que permanezcamos fieles al Espíritu que hemos recibido.

Después de una breve oración en silencio, prosigue con las manos extendidas:

Señor Dios nuestro,
muéstrate propicio a tu pueblo
que vela en esta noche santa.
Dígnate bendecir esta agua
ahora que celebramos
la acción admirable de nuestra creación
y la maravilla, aún más grande, de
nuestra redención.
Tú la creaste para hacer fecunda la
tierra
y para dar alivio y frescor a nuestros
cuerpos.
La hiciste también instrumento de tu
misericordia
al librar a tu pueblo, por medio de ella,
de la esclavitud

y al apagar su sed en el desierto;
por los profetas la revelaste como signo
de la nueva alianza
que quisiste sellar con los hombres.
Y finalmente, también por ella,
santificada por Cristo en el Jordán,
renovaste nuestra naturaleza pecadora
en el baño del nuevo nacimiento.
Que esta agua, Señor,
avive en nosotros
el recuerdo de nuestro bautismo
y nos haga participar en el gozo de
nuestros hermanos,
bautizados en la Pascua.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Después de la bendición del agua, todos de pie y con las velas encendidas en sus manos, renuevan las promesas del bautismo. Los fieles, de pie y con las velas encendidas en sus manos responden.

Sacerdote: Queridos hermanos: Por el Misterio pascual hemos sido sepultados con Cristo en el bautismo, para que vivamos una vida nueva. Por tanto, terminado el ejercicio de la Cuaresma, renovemos las promesas del santo bautismo, con las que en otro tiempo renunciamos a Satanás y a sus obras, y prometimos servir fielmente a Dios en la santa Iglesia católica.

Así, pues:

Sacerdote: ¿Renunciáis a Satanás? ¿Renunciáis al pecado para vivir en la libertad de los hijos de Dios?

Todos: Sí, renuncio.

Sacerdote: ¿Y a todas sus obras? ¿Renunciáis a todas las seducciones del mal, para que no domine en vosotros el pecado?

Todos: Sí, renuncio.

Sacerdote: ¿Y a todas sus seducciones? ¿Renunciáis a Satanás, padre y príncipe del pecado?

Todos: Sí, renuncio.

Sacerdote: ¿Creéis en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra?

Todos: Sí, creo.

Sacerdote: ¿Creéis en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que nació de santa María Virgen, murió, fue sepultado, resucitó de entre los muertos y está sentado a la derecha del Padre?

Todos: Sí, creo.

Sacerdote: ¿Creéis en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida eterna?

Todos: Sí, creo.

Sacerdote: Que Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, e que nos regeneró por el agua y el Espíritu Santo y que nos concedió la remisión de los pecados, nos guarde en su gracia, en el mismo Jesucristo nuestro Señor, para la vida eterna.

Todos: Amén.

El sacerdote asperja al pueblo con agua bendita. De esta manera, los gestos y las palabras que los acompañan recuerdan a los fieles el bautismo que un día recibieron.

